

LAS CRÓNICAS EN LA ARQUEOLOGÍA DE PUERTO RICO Y DEL CARIBE

L. Antonio Curet

ABSTRACT

From its beginnings, Puerto Rican and Caribbean archaeology have used the European chronicles as a source of additional information about the indigenous groups of the islands. However, the combination of these two sources of data has been conducted in informal and uncritical manners without considering differences in epistemological factors. This work argues that the combination of ethnohistoric and archaeological data has to be done in a rigorous way and that the use of the chronicles in archaeological research should not be limited to a simple complementary source of information. Suggestions for other uses of the chronicles in archaeology are also proposed.

Keywords: chronicles, archaeology, ethnohistory, methods, epistemology, documents

RESUMEN

Desde sus inicios, la arqueología puertorriqueña y caribeña han utilizado las crónicas europeas como una fuente adicional de información sobre los grupos indígenas de las islas. Sin embargo, la combinación de estas dos fuentes de datos se ha realizado tradicionalmente de manera informal y poco crítica, sin tomar en consideración una serie de diferencias de aspectos epistemológicos. En este trabajo se argumenta que la combinación del dato etnohistórico y arqueológico debe realizarse de una manera más rigurosa, y que el uso de las crónicas en la arqueología no debe limitarse simplemente a un rol complementario. Se ofrecen también sugerencias de otros usos de las crónicas en la arqueología.

Palabras clave: crónicas, arqueología, etnohistoria, métodos, epistemología, documentos

RÉSUMÉ

Depuis ses débuts, les recherches en archéologie portoricaines et antillaises ont puisé dans les chroniques européennes comme source supplémentaire d'information sur les tribus indiennes des Îles. Cependant, ce mélange s'est fait de façon informelle et peu soucieuse, sans tenir compte de toute une série de différences épistémologiques entre les deux sources. Dans cet article, nous arguons que l'association des données ethno-historiques et archéologiques doit être plus rigoureuse et que l'utilisation des chroniques dans la recherche archéologique ne doit pas être réduite à un rôle complémentaire. Nous présentons également d'autres possibilités d'application des chroniques en archéologie.

Mots-clés: chroniques, archéologie, ethno-histoire, méthodes, épistémologie, documents

Received: 17 February 2005. Revision received: 30 January 2006. Accepted: 2 February 2006.

Introducción

No existe duda de que el documento histórico y el registro arqueológico son las dos principales fuentes de información para cualquier estudio de las sociedades indígenas del Caribe. La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que estas dos fuentes utilizadas de forma adecuada pueden contribuir grandemente al conocimiento y entendimiento de estas sociedades. Sin embargo, este proceso no está libre de posibles fuentes de errores y, definitivamente, de hacerse de una manera indiscriminada, la combinación de estos dos tipos de datos puede conducir eventualmente al mal uso y a la mala interpretación de la evidencia. Es por esta razón que para lograr la combinación de estas fuentes de una manera beneficiosa, eficiente, precisa y confiable se necesita tomar en consideración una serie de aspectos teóricos, metodológicos y epistemológicos que tradicionalmente son ignorados por un gran número de los estudios arqueológicos en Puerto Rico y el Caribe.

El presente trabajo tiene tres propósitos. El primero es presentar los beneficios y problemas relacionados con la práctica de la combinación de los datos provenientes del documento histórico y del registro arqueológico. Tradicionalmente, los estudios sobre las sociedades indígenas de Puerto Rico que utilizan ambas fuentes tienden a asumir que la única forma de utilizar estos datos es de manera complementaria. Esta perspectiva obviamente tiene aspectos positivos y ha sido de gran utilidad en un gran número de estudios. Sin embargo, esta posición también contiene algunos problemas y limita el uso combinado de los datos en los acercamientos a estudios sobre las sociedades pretéritas. Uno de los problemas que enfatizo en este trabajo es el trato preferencial que recibe el dato etnohistórico sobre el arqueológico, a pesar de los avances en las técnicas y metodología arqueológicas y de los prejuicios inherentes a los datos provistos por las crónicas. El argumento principal de este trabajo es que ambas fuentes de datos deben ser tratadas como líneas de evidencia independientes una de la otra y cada una debe ser evaluada para determinar si son apropiadas para el problema que se está investigando. Aunque son muchos y variados los tipos de documentos históricos, en este trabajo me concentro en las principales crónicas del siglo XIV y XVI.

El segundo propósito es comparar de forma metódica la epistemología de los estudios etnohistóricos y arqueológicos en Puerto Rico. La finalidad de esta comparación es mostrar que ambas fuentes tienen problemas similares y por ende no se le debe dar mayor peso a un tipo de dato sobre el otro. Con esta comparación también se quiere demostrar que no siempre existe una concordancia entre los datos obtenidos en las crónicas y aquéllos provenientes del registro arqueológico. En mi opinión, un gran número de estudios combinan erróneamente estas dos fuentes de datos obtenidos a diferentes niveles culturales y sociales, lo que los hace incomparables. Esta práctica pone en duda muchas de las conclusiones de algunas de las investigaciones sobre los grupos indígenas. Por último, el tercer propósito es presentar

algunas sugerencias para futuros estudios que combinen datos de ambas fuentes.

Muchos de los comentarios que presento aquí surgieron como parte de una auto-evaluación que he estado realizando de varios aspectos de mi propio trabajo (Curet 1992a, 1992b, 1993, 1996), los cuales tienden a ser práctica común en la arqueología de Puerto Rico y del Caribe. Por otro lado, los comentarios están basados en generalizaciones sobre las prácticas de investigación en la arqueología del Caribe. Obviamente, existen excepciones, pero mi interés en esta publicación no es comentar sobre trabajos específicos, sino sobre tendencias generales que existen en la disciplina. Por esto, me quiero disculpar de antemano con aquellos colegas que no siguen estas tendencias.

Muchas de las críticas y problemas que señalo están dirigidas más a arqueólogos y personas interesadas en arqueología que a historiadores y etnohistoriadores. De hecho un gran número de estos comentarios quizás le parezcan algo elemental a muchos de estos últimos ya que se refieren a problemas que han sido discutidos en sus disciplinas correspondientes por décadas. Sin embargo, es importante apuntar que muchos de estos problemas persisten aún en las disciplinas de historia y etnohistoria (Jaime Pérez, comunicación personal, para otros ejemplos ver Bernal 1960, Okoshi Harada y Vargas Pacheco 1997), especialmente aquéllos que tratan de combinar los datos históricos con los arqueológicos.

Uso de las crónicas en arqueología

En los estudios de las sociedades indígenas de Puerto Rico y del Caribe, la crónica y el registro arqueológico han sido utilizados casi exclusivamente como complemento uno del otro (Wilson y Rogers 1993). En algunos casos estos datos se combinan para estudiar un fenómeno socio-cultural en específico (e.g., economía de subsistencia, religión, organización política), pero en otros una de las fuentes es utilizada para llenar las lagunas presentes en la otra. Así pues, el uso complementario de las fuentes no implica

necesariamente que ambas provean información sobre los mismos fenómenos, sino que también pueden proveer información sobre diferentes tipos de actividades o fenómenos sociales y culturales. Una debilidad de esta práctica, sin embargo, es que ignora otros usos potenciales de las crónicas en las investigaciones arqueológicas, como será discutido con más detalle en la última sección de este trabajo.

Debido a las diferencias en la naturaleza de ambas fuentes su utilización en conjunto es casi un proceso natural. Ambas fuentes proveen diferentes evidencias sobre las mismas culturas y sociedades y los procesos históricos que experimentaron. Por ejemplo, los datos arqueológicos proveen información que cubre largos períodos de tiempo mientras que las crónicas presentan información de períodos de tiempo más cortos, en algunos casos hasta eventos específicos. Esta característica permite a la arqueología estudiar largos procesos históricos y sociales, mientras que el etnohistoriador puede estudiar procesos considerablemente más precisos. Como consecuencia de esto, la información del registro arqueológico tiende a ser adecuada para el estudio de procesos más amplios y niveles sociales más altos que los datos etnohistóricos (Wilson 1993a). Las crónicas, por otro lado, proveen la oportunidad de estudiar procesos más detallados y a niveles más bajos. Por ejemplo, en muchas ocasiones la crónica puede proveer información a nivel del individuo (incluyendo su nombre y posición social), mientras que con algunas excepciones, el obtener este tipo de dato del registro arqueológico es difícil o imposible.

Aún más, ambas fuentes se complementan en la naturaleza del dato que pueden proveer. El registro arqueológico provee primordialmente datos sobre la cultura material de las sociedades indígenas los cuales pudieran ser utilizados para extrapolar y deducir aspectos intangibles como prácticas sociales y culturales. Mientras tanto las crónicas pueden proveer datos sobre aspectos no-materiales, especialmente sobre el contexto social y cultural el cual es difícil de obtener del registro arqueológico. Este aspecto del contexto no debe de ser subestimado, pues el contexto es vital

para entender el “texto” como lo asevera Dumont (1992:4-5). Este uso de las crónicas para proveer el “contexto” con el cual se puede interpretar el dato arqueológico ha sido utilizado parcialmente en la arqueología puertorriqueña y caribeña, principalmente cuando se trabaja con aspectos religiosos o ideológicos. Buenos ejemplos de esta práctica son los estudios de Arrom (1975) y Oliver (1998) quienes utilizaron los mitos y prácticas religiosas de los grupos indígenas reportados por Pané (1974) para darle sentido a materiales de naturaleza religiosa obtenidos del registro arqueológico. En el primer caso, Arrom pudo parear, de manera algo convincente, los entes mencionados en algunos de los mitos reportados por Pané con varios ídolos descubiertos en La Española y Puerto Rico. Por su parte, Oliver argumenta que la serie de petroglifos en la hilera de piedra occidental en la plaza principal de Caguana recrea los mitos de la creación (y re-creación) del mundo, según lo informa Pané.

Sin embargo, esta práctica de utilizar las crónicas y el registro arqueológico como fuentes de datos complementarios no está libre de problemas. En general, podemos decir que la tendencia de combinar ambas fuentes en el estudio de las sociedades prehispanicas sufre de, por lo menos, dos problemas. El primero es que tradicionalmente las crónicas tienden a ser consideradas más confiables que el registro arqueológico. Consciente o inconscientemente, un gran número de estudiosos tienden a darle un lugar preeminente a las crónicas sobre el registro arqueológico. Los datos arqueológicos son normalmente tomados como suplemento o complementarios de los datos históricos, y no viceversa. En casos de conflicto, el dato etnohistórico es normalmente considerado como de mayor precisión. Esta perspectiva surge desde el siglo XIX y principios del XX cuando la arqueología como disciplina no estaba muy desarrollada y ha sido perpetuada en los estudios indigenistas modernos convirtiéndose en premisas y asunciones ampliamente aceptadas pero sin fundamento alguno.

Parte del prejuicio a favor de las crónicas se basa en la creencia general de la sociedad occidental de que el dato escrito es más

confiable que la evidencia material. Partiendo de esta perspectiva, el dato arqueológico es considerado como más incompleto y menos preciso que la información de la crónica, o lo que Little (1992:5) ha denominado como el “culto a la autoridad” que se le da al registro escrito.

Esta posición ignora los avances metodológicos y teóricos que han ocurrido en la arqueología en las últimas dos décadas. Muchos de estos avances incluyen el uso de un gran número de técnicas científicas y el énfasis en unidades sociales y culturales, lo que ha conducido al desarrollo de una metodología arqueológica de mayor precisión y confiabilidad, que en algunos casos ha producido datos de mejor calidad que las crónicas. No trato argumentar que el dato arqueológico siempre es más confiable o completo que el etnohistórico. Pero antes de aceptar uno sobre el otro, hay que admitir que los datos obtenidos de las crónicas pueden ser tan o más incompletos y de menor confiabilidad que el dato arqueológico.

Un ejemplo de este problema entre muchos tantos, es el uso de maíz por los grupos indígenas de las Antillas Mayores. En casi todas las crónicas el maíz es mencionado casi siempre con la yuca y el ajë como uno de los productos agrícolas de mayor importancia en la dieta indígena. Sin embargo, hasta el momento se ha encontrado evidencias de maíz en sólo dos sitios en el Caribe, En-bas-Saline en Haití (Newsom y Deagan 1994) y Tutu en San Tomás (Righter 2002). Debido a esta escasez de evidencia, Newsom y Deagan han argumentado que posiblemente el maíz no era de consumo general como lo sugieren las crónicas, sino que era accesible mayormente a un pequeño sector de la sociedad, específicamente la élite caciquil. A pesar de esta falta de evidencia muchos de nosotros seguimos citando las crónicas incluyendo el maíz como un producto que era consumido extensivamente por toda la población indígena (ver a Pagán 2002, 2005 para otra opinión sobre el maíz en las Antillas Mayores).

Un segundo ejemplo es el uso de términos pseudo-étnicos como Taíno y Caribe. Estos términos obtenidos de las crónicas

han sido materia de gran debate dentro de los estudios indigenistas del Caribe ya que implican una serie de problemas aun en los documentos etnohistóricos. Dentro de la perspectiva arqueológica el problema mayor es que el registro arqueológico no apoya esta división dual de los grupos indígenas, mostrando, por el contrario, una diversidad extraordinaria dentro de las regiones que normalmente se consideran taínas o caribes. Esto es demostrable aun en áreas que tradicionalmente se consideran regiones nucleares de estas culturas como La Española y muchas de las Antillas Mayores las cuales arqueológicamente presentan una gran diversidad en la cultura material (Hofman 1995; McGinnis 1997, 2000; Veloz Maggiolo 1989; Wilson 1993b, 2001). A pesar de la extensa evidencia sobre la diversidad cultural y étnica, muchos estudiosos siguen dividiendo los grupos culturales del Caribe mayormente en estas dos categorías irreales. Este tema es discutido con mayor extensión más adelante.

El segundo problema es el uso automático e indiscriminado de las crónicas en la investigación arqueológica. Aunque es cierto que la combinación complementaria de ambas fuentes de datos puede ser de gran beneficio como se mencionó anteriormente, esta combinación debe ser realizada de una manera sistemática y rigurosa. Es importante y crítico considerar que debido a las diferencias en la naturaleza de ambas fuentes, no siempre se pueden combinar los datos de una con los de la otra. El principal problema entre otros muchos es que ambas fuentes sufren de grandes diferencias epistemológicas que deben ser consideradas para determinar si el uso combinado de los datos es apropiado. Obviamente, este proceso de evaluación también va a depender grandemente de la pregunta de investigación que se está tratando de estudiar.

De los dos problemas presentados (i.e., preferencia al dato etnohistórico y el uso indiscriminado de las crónicas) considero que el segundo es más crítico que el primero. Aunque es cierto que ambos problemas implican marcadas consecuencias en los estudios y sobre todo para las conclusiones de las investigaciones arqueológicas, el primero es sencillamente un prejuicio que debe

ser erradicado quizás a nivel personal, mientras que el segundo afecta más directamente a los principios y premisas básicos de nuestras interpretaciones. De hecho, el trato preferencial que se le da a la crónica es una de las muchas expresiones que surgen como consecuencia del uso indiscriminado de estos documentos. Es por esta razón que en la próxima sección discuto más extensivamente los problemas epistemológicos y metodológicos que tienen los estudios basados en ambas fuentes, para de esta manera demostrar que las crónicas no son siempre más confiables que el registro arqueológico y las consecuencias negativas que el uso indiscriminado de las fuentes puede tener en nuestras investigaciones y conclusiones finales.

Las crónicas en la investigación antropológica

Ya que considero que el problema del uso indiscriminado de las crónicas en la investigación arqueológica es metodológico y epistemológico, en esta sección lo discuto desde la perspectiva del diseño de investigación, como hasta cierto punto lo recomiendan Wilson y Rogers (1993) y Little (1992:1). Mucho antes de considerar las técnicas de recolección de datos en el campo, toda organización de una investigación tiene que tomar en consideración un número de aspectos conceptuales. Desafortunadamente, en muchas de las investigaciones arqueológicas en Puerto Rico y en el Caribe estos aspectos son determinados de una forma inconsciente o en muchas ocasiones no son considerados del todo. Los aspectos que voy a tocar en esta sección son la unidad de análisis, la unidad de observación, la recolección de datos y prejuicio vs. subjetividad.

Una gran parte de la discusión que presento puede ser considerada por muchos colegas como básica, simplista y hasta obvia; que quizás no sea necesario mencionar en un artículo de este tipo. De hecho muchos de los comentarios que incluyo más adelante no son originalmente míos; muchos ya han sido mencionados en otros contextos por etnohistoriadores y arqueólogos (Little 1992; Okoshi Harada y Vargas Pacheco 1997; Whiteman 1986; Wilson 1993a; Wilson y Rogers 1993; Wylie 1999). Aunque tiendo a estar

de acuerdo con esta caracterización, en mi opinión muchos de estos aspectos son ignorados en la gran mayoría de los estudios arqueológicos en las islas. Por esto creo necesario traer a primer plano los aspectos básicos de toda investigación de una manera más consciente.

Los criterios que voy a utilizar para evaluar críticamente estos aspectos son los mismos usados en los estudios de etnografía moderna. La razón principal para esto es que para poder evaluar la combinación de datos provenientes de las crónicas y del registro arqueológico debemos utilizar unos criterios aceptados ampliamente en la disciplina. Habrán algunos estudiosos que no estarán de acuerdo con esta decisión ya que no consideran apropiado utilizar unos criterios desarrollados para estudios basados en poblaciones vivientes, los cuales tienen a su disposición un conjunto de datos más completos, y aplicarlos a estudios arqueológicos y etnohistóricos que tienden a tener a su disposición fuentes de datos incompletas y muchas veces distorsionadas. Sin embargo, considero que la fortaleza y confiabilidad de las conclusiones y los resultados de nuestros análisis van a estar determinados, en gran medida, por la fortaleza y confiabilidad de los datos y de los aspectos epistemológicos de nuestras investigaciones. Reducir los estándares en la evaluación de la metodología, y por ende de los datos arqueológicos y etnohistóricos, no hace otra cosa que perpetuar el mito de que las conclusiones de estas dos disciplinas son poco confiables y de menor precisión. Por lo tanto, considero indispensable que toda investigación utilice los más altos criterios y estándares para determinar si la metodología utilizada y los datos adquiridos son los apropiados para entender el fenómeno a estudiar.

No incluyo aquí una discusión sobre los prejuicios e intenciones de los cronistas que crearon el registro etnohistórico. Este aspecto ya ha sido discutido en gran medida por un buen número de etnohistoriadores (e.g., Alegría 1997; Sued Badillo 1978) y no pretendo duplicarlos en este trabajo. Además, no quiero incluir un análisis crítico de las crónicas, sino más bien un análisis crítico del *uso* de las crónicas que a continuación presentamos.

UNIDAD DE ANÁLISIS

Una de las primeras etapas de cualquier tipo de investigación es especificar cuál es la unidad de análisis apropiada para el estudio que se llevará a cabo (Bernard 1994:35). La unidad de análisis debe ser determinada por el investigador de forma consciente y tomando en consideración el problema con que se está trabajando. La regla general es que se trate de llevar a cabo el estudio utilizando la menor unidad de análisis posible ya que es más fácil en el futuro consolidar estos datos en unidades más grandes que dividirlos en unidades más pequeñas (Bernard 1994:37). En la mayoría de los estudios en la arqueología puertorriqueña la selección de la unidad de análisis es normalmente hecha de una manera inconsciente, lo que puede conllevar problemas que invalidan los resultados y conclusiones finales.

En el Caribe, las unidades de análisis utilizadas por excelencia en el estudio de las crónicas en la arqueología son la cultura, la isla y/o grupos de islas. Ejemplos de esto son términos culturales tales como Taíno y Caribe, los cuales son utilizados ampliamente para referirse a la diferenciación dual con que los europeos clasificaron a los grupos indígenas. Una consecuencia de esta práctica es que los grupos de diferentes regiones o islas agrupados bajo rúbricas como Taíno o Caribe, son vistos en conjunto como una unidad cultural, social y política homogénea (ver más adelante).

Por otro lado, los estudios arqueológicos utilizan casi de forma automática las unidades culturales desarrolladas por Rouse (1986, 1992) como las unidades básicas de análisis. Estas unidades son la serie, subserie y estilos las cuales tienden a cubrir partes de islas, islas completas y/o grupos de islas. De acuerdo con Rouse, los estilos son básicamente las culturas específicas, lo que implica que los términos de serie y subserie sean términos supraculturales que no tienen categorías completamente análogas en los estudios etnohistóricos. Al igual que en el caso de las crónicas, los arqueólogos también tienden a utilizar las unidades de series y subseries para referirse a grupos de diversas islas. Por ejemplo, la subserie y serie Chican Ostionoides es utilizada ampliamente en Puerto Rico,

pero en realidad cubre además parte de la isla de La Española y varias islas del norte de las Antillas Menores, incluyendo las Islas Vírgenes. A partir de esto, y asumiendo una uniformidad cultural y social, es práctica común utilizar datos arqueológicos de una área o isla para aplicarlo a otra.

Las series y subseries son normalmente extendidas atrás en el tiempo y se asume que los grupos sociales eran homogéneos no tan sólo en espacio sino también en el tiempo. Además, se extiende esta generalización a la organización social donde la gran mayoría de los grupos conocidos como Chican Ostionoides son considerados de forma automática como cacicazgos o jefaturas similares a los descritos en las crónicas para algunas regiones de La Española (e.g., Curet 1992a). Igualmente sucede con la serie temprana Saladoide, la cual normalmente cubre un área que va más allá del Orinoco Medio hasta el este de La Española y duró más de 1,000 años, pero que es tradicionalmente caracterizada simple y uniformemente como igualitaria o tribal (e.g., Boomert 1999; Curet 1992a).

El uso de unidades generales como la cultura en el caso de los estudios etnohistóricos y la serie, subserie y estilo en la arqueología, implica ciertos problemas que normalmente no son considerados por muchos de los investigadores. El primer problema es que en ambos casos estas unidades son utilizadas en todo tipo de estudios, independientemente del problema o el proceso socio-cultural que se está investigando. Como se mencionó anteriormente, el científico tiene que determinar el nivel y la unidad de análisis apropiado para el estudio de una forma consciente. No podemos asumir que todos los procesos de interés (e.g., sistemas de subsistencia, desarrollos o cambios socio-políticos, etc.) ocurren únicamente en los altos niveles de la cultura. Muchos de estos procesos son determinados por unidades a niveles más bajos y en unidades más pequeñas. A través de la etnografía moderna sabemos que muchas de las decisiones que eventualmente afectan a los grupos sociales y culturales tienden a ser tomadas por individuos, unidades domésticas y comunidades y no tanto por la

“cultura”. Al utilizar la cultura o serie como nuestra unidad de análisis existe una falta de concordancia entre el fenómeno que queremos estudiar y los aspectos epistemológicos que utilizamos en nuestra investigación. Este es posiblemente uno de los problemas más críticos que afectan el potencial analítico y explicativo de nuestras investigaciones, imposibilitando nuestra capacidad de explicar los procesos históricos por los que pasaron los grupos indígenas (ver Curet 2003).

Otro problema es que al utilizar la cultura como la forma básica de análisis estamos asumiendo que todos los grupos sociales incluidos en esta categoría se comportan de igual manera y que pasan por procesos históricos idénticos. Esta premisa, que llamo proceso de homogenización, será discutida en detalle más adelante.

UNIDAD DE OBSERVACIÓN

La unidad de observación es la unidad básica de la recolección de los datos que van a ser utilizados en el análisis. Esta unidad debe de ser determinada por la unidad de análisis y el problema en consideración. De nuevo, en mi opinión la mayoría de los estudios arqueológicos en Puerto Rico se llevan a cabo sin definir claramente cuáles son las unidades de observación adecuadas para el estudio.

En el caso de las crónicas, la información u observaciones fueron obtenidas por los cronistas de individuos y en ocasiones de comunidades indígenas. El etnohistoriador puede tener otra unidad en mente (isla, región, cultura, grupo étnico, etc.), pero esa unidad es mayormente la unidad de análisis y no tanto la de observación. En la mayoría de los estudios de las crónicas, la unidad de observación ha sido determinada de antemano por el autor del documento y no tanto por el etnohistoriador.

Por otro lado, los arqueólogos tienen un poco más de control sobre la unidad de observación. En arqueología estas unidades pueden variar desde estudios regionales a excavaciones de sitios o depósitos, a estudios de un tipo de artefacto.

Uno de los problemas que afecta a los estudios arqueológicos y a las crónicas es la falta de concordancia entre las unidades de observación y las unidades de análisis. Como se mencionó en la sección anterior, en la gran mayoría de los estudios de los grupos indígenas la unidad de análisis tiende a ser la cultura, ya sea definida histórica o arqueológicamente. Sin embargo, en ambos casos los datos son obtenidos utilizando unidades de observación mucho más pequeñas y a niveles más bajos. La práctica común es utilizar la información obtenida a estos niveles particulares y extrapolarlos a niveles más generales, tradicionalmente a nivel de la cultura. Es decir, se toma una conclusión obtenida de una unidad de excavación o de una cita en una crónica y se generaliza al resto de la cultura, que, como vimos anteriormente, incluye grandes regiones o varias islas y largos períodos de tiempo. Esta práctica que es común en muchos estudios antropológicos a nivel mundial, es un rezago de la perspectiva normativa en la Antropología de la primera mitad del siglo XX, donde se asumía que toda cultura tiene normas que son seguidas por todos sus miembros. En la práctica esta premisa enfatiza los patrones culturales dentro de los grupos humanos mientras que ignora y trivializa la variabilidad interna, que es la que provee la información crítica y necesaria para estudiar la organización y los cambios socio-políticos de las sociedades antiguas.

Este argumento también puede ser extendido a aspectos geográficos. La gran mayoría de la información etnohistórica sobre las culturas indígenas fue obtenida en la isla de La Española. En muchos de los casos no está claro si la información provista en las crónicas se refiere a tradiciones culturales practicadas en toda la isla, en una región, en un cacicazgo, o en una comunidad. A pesar de esto, tanto los colonizadores como muchos de los estudiosos modernos de las culturas indígenas tienden a extender la información no tan sólo al resto de la isla sino también a otras islas de las Antillas Mayores, las Bahamas y hasta las Antillas Menores.

Lo mismo ocurre en la arqueología con el uso de cultura material descubierta en una isla para describir prácticas culturales de

otra (e.g., trigonolitos, ídolos e inhaladores de la cojoba, bateyes, etc.). Esta práctica sin fundamento es parte del proceso de homogenización cultural, el cual tiende a erradicar toda variabilidad cultural y niega la posibilidad de que existiera una diversidad social y política. No podemos asumir que, debido a que tanto los colonizadores como los estudiosos clasifican todos los grupos de estas islas bajo un mismo término cultural, todas las sociedades indígenas se comportaran automática y sincrónicamente de forma uniforme y homogénea.

RECOLECCIÓN DE DATOS

Una vez definida la unidad de observación, el investigador tiene que de forma consciente y sistemática determinar los métodos, procedimientos y condiciones de la recolección de datos. En teoría, la recolección de datos va a estar condicionada por las unidades de observación y análisis y el problema de investigación. El proceso de la recolección de datos condiciona en gran medida la calidad de la información obtenida, lo que a su vez determina la fortaleza y la validez de nuestros argumentos y conclusiones finales.

En términos de las crónicas, el proceso de la recolección de los datos primarios estuvo determinado en gran medida por el cronista más que por el etnohistoriador. Esto pudo ser a través de entrevistas directas con los indígenas, observación propia o hablando con otros colonizadores europeos. Así pues, al discutir este proceso dentro del marco investigativo de las crónicas uno no se puede referir simplemente a la recolección del dato por parte del investigador, sino también por parte del autor del documento. Al evaluar la recolección de datos desde esta perspectiva, entonces, debemos tener en cuenta la metodología, el procedimiento y las condiciones de cómo el cronista obtuvo la información. Aquí de nuevo, podemos utilizar los criterios, estándares y dificultades con que se enfrentan los etnógrafos contemporáneos para evaluar el proceso de obtención de información por los cronistas.

Una de las decisiones que debe atender un etnógrafo es si es

apropiado o no recolectar los datos utilizando observación directa, partícipe o una combinación de ambas. Cada método va a producir información de distinto tipo y en ocasiones con distintos grados de confiabilidad. En antropología se considera que la observación partícipe tiende a ser más confiable ya que no solamente ayuda a proveer información primaria sino que también permite al antropólogo involucrarse en la cultura aumentando el entendimiento de las prácticas culturales y reduciendo las malas interpretaciones debido a prejuicios occidentales (Bernard 1994:136).

Hasta donde tengo entendido, de todos los cronistas principales, Pané (1974) es el único que llevó a cabo lo que ahora conocemos como observación partícipe. Aunque no lo especifican claramente, el resto de los cronistas parecen haber obtenido la información por entrevistas con indígenas o colonizadores tempranos o por observaciones casuales. Obviamente, estas diferencias en cómo se recolectó la información influyen en la calidad del dato y deben ser consideradas en toda investigación que haga uso de las crónicas. Desafortunadamente, son pocas las ocasiones en que los cronistas definen claramente la fuente de la información publicada.

La percepción general entre los investigadores modernos es que los datos obtenidos directamente de un informante indígena son más confiables que aquellos obtenidos indirectamente a través de un informante secundario o europeo. Aunque en general estoy de acuerdo con esta aseveración, no por esto debemos considerar toda información obtenida de informantes primarios como completamente libre de prejuicios o problemas. Existen varios factores que deben ser considerados. Uno de ellos es si el informante era representativo y/o competente, dos características que son deseables en distintas ocasiones (Bernard 1994:165). Informantes representativos o “promedios” son deseables en ocasiones cuando se quiere obtener aspectos generales de un grupo social. Sin embargo, estos informantes quizás no son los más apropiados para recolectar datos un poco más específicos como por ejemplo sobre los mitos, rituales y sus significados, o

aspectos que se relacionan específicamente con la “nobleza” o la “élite” de un grupo. Un buen ejemplo de esto es el caso de la poca evidencia arqueológica del consumo del maíz que se mencionó anteriormente, el cual según Newsom y Deagan (1994) era una comida de alto status pero que es mencionado ampliamente en las crónicas pues dentro de los distintos sectores sociales, era la nobleza la que interaccionaba más con los colonizadores.

Otro aspecto importante que se debe considerar es la naturaleza de la información que obtuvo el cronista. Aun en la etnografía moderna al entrevistar a un informante, el investigador tiene que distinguir si la información que está recibiendo sobre aspectos culturales se refiere a un comportamiento real o a normas de comportamiento ideales. En otras palabras, el informante ¿está comunicando cómo es que la gente se debe comportar y actuar idealmente en esa cultura en particular o se está refiriendo a cómo actúa la gente en realidad? Obviamente, esta distinción va a crear diferencias en nuestros análisis, afectando eventualmente nuestras conclusiones.

También tenemos que considerar si los informantes mienten o tergiversan la información. Son muchas las ocasiones en la historia de la antropología moderna en que luego de que el etnógrafo ha estado conviviendo con un grupo por un largo período de tiempo, los indígenas le informan que la mayoría de la información provista hasta el momento eran mentiras o bromas. Ejemplos de esto son los estudios de Evans-Pritchard (1940) con los Nuers y de Chagnon (1983) con los Yanomamos. Si problemas como éstos surgen en investigaciones modernas, lo más probable es que también ocurrieron en los casos de los cronistas y los colonizadores tempranos. Un segundo problema relacionado con la información falsa es el de complacer al investigador. En muchas ocasiones, científicos sociales tienen que tener sumo cuidado con informantes que dicen lo que el investigador desea escuchar en vez de la realidad. Esto a veces es hecho a propósito como broma, para complacer al antropólogo o de manera inconsciente. Independientemente de las razones, éstos son factores que afectan

de gran manera la calidad y confiabilidad del dato y no podemos asumir que la información provista en las crónicas está libre de estos problemas.

Un último problema epistemológico de las crónicas que quiero discutir es aquél de distinguir entre una observación o evidencia recolectada por el cronista y una interpretación basada en el entendimiento del cronista de la cultura indígena. Es decir, tenemos que preguntarnos si una información provista por un cronista no es tanto un hecho, como una interpretación prejuiciada basada en un evento. Esta confusión es muy difícil de discernir y no es un problema trivial. Aspectos relacionados con este problema son discutidos más adelante en la próxima sección.

La arqueología, por su parte, realiza sus observaciones sobre la cultura material utilizando una metodología multidisciplinaria. Aun así, el registro arqueológico también tiene sus propios problemas los cuales pueden afectar la calidad del dato. Hasta cierto punto, la recolección de datos está determinada en gran medida por los procesos de formación del registro arqueológico. Los procesos de formación son aquellos procesos físicos, biológicos, químicos, geológicos, naturales o antropogénicos que tienen algún rol en la formación del registro arqueológico tal y como lo encontramos hoy día. Estos procesos pueden haber ocurrido durante o después de la ocupación del asentamiento. En general, los procesos de formación tienden a borrar o a hacer turbios los patrones de comportamiento social y cultural que se reflejan en la cultura material, y en ocasiones pueden hasta crear nuevos patrones no relacionados con el comportamiento humano que queremos estudiar. Ejemplos de estos procesos son acciones biológicas que degraden materiales orgánicos, terremotos, actividades de animales como topos o cangrejos, actividades culturales como el arado, construcciones modernas, excavaciones para pozos de basura de los indígenas y construcciones de bateyes sobre basureros existentes.

Sin embargo, son pocos los estudios arqueológicos en Puerto

Rico que consideran estas posibilidades y en una gran mayoría de los casos se asume *a priori* que, con la excepción del arado, los depósitos arqueológicos y las condiciones de los artefactos están según los dejaron los indígenas. Aún más, se asume que son pocas las actividades indígenas que contribuyeron a la dislocación de los patrones de distribución de los artefactos y los depósitos, y que la mayoría de las fuerzas negativas que actúan sobre el registro arqueológico no estuvieron activas luego del abandono del asentamiento. De no considerarse todos los posibles agentes que actuaron sobre el registro arqueológico, nuestra visión del pasado a través de la arqueología va a estar algo distorsionada (como excepción a esta tendencia en la arqueología puertorriqueña, ver Oliver 1999).

Por otro lado, en la mayoría de los proyectos arqueológicos en Puerto Rico, los investigadores tienden a utilizar métodos “estandarizados” como recetas de cocina. Son pocos los proyectos donde la metodología de investigación es diseñada específicamente para un estudio en particular. Aquí no me estoy refiriendo simplemente a técnicas de campo sino a la estrategia metodológica de un proyecto. Las mismas técnicas de investigación pueden ser utilizadas por metodologías diferentes. La utilización de una metodología “estandarizada” independientemente de los propósitos de la investigación puede crear una falta de concordancia entre los datos obtenidos por un lado y las unidades de observación y de análisis y la pregunta de investigación por el otro. Esta falta de concordancia socava de una manera increíble la confiabilidad de nuestras conclusiones.

PREJUICIO Y SUBJETIVIDAD

Mucho se ha discutido sobre el prejuicio en los documentos históricos, especialmente en las crónicas (e.g., ver Alegría 1997 y Sued Badillo 1978). Se ha hablado por ejemplo de que muchos de los cronistas tenían una agenda cuando escribieron sus documentos o que debido a su trasfondo europeo/cristiano no entendían muy bien las prácticas culturales y comportamiento de los grupos

indígenas. Utilizando estos argumentos, los cuales en mi opinión son correctos, varios estudiosos han tomado decisiones de preferir una crónica sobre otra menos “prejuiciada”, o de ignorar cierta información porque parece estar prejuiciada de alguna manera.

Aunque es cierto que las crónicas de una manera u otra parecen estar prejuiciadas tenemos que tener cuidado de no descartar de forma automática información valiosa incluida en estos documentos. Este argumento ha sido presentado por Whiteman (1986) quien critica a muchos antropólogos por descartar *a priori* los documentos de misioneros ya que son considerados prejuiciados y poco confiables.

De acuerdo con Whiteman, al prejuicio normalmente presente en los misioneros hay que agregar la subjetividad de muchas de sus observaciones incluidas en los documentos. Por esto, ella insiste que se tiene que hacer una distinción entre prejuicio y subjetividad. Prejuicio es una opinión preconcebida sin examinar cuidadosamente los datos y hechos. Por otro lado, subjetividad se refiere a una opinión que no ignora los hechos o datos; es simplemente la expresión de valores personales puestos en práctica en una situación específica. Aunque un autor tenga una opinión prejuiciada, éste puede proveer cierta información la cual es interpretada de forma subjetiva; la información en sí es considerada y los datos no son ignorados en la interpretación. Así pues, es contraproducente el ignorar o rechazar de forma automática una crónica, un cronista o algún pasaje por razones de prejuicio. Primero se tiene que analizar la situación para distinguir entre lo que es prejuicio y lo que es subjetividad. De otra manera, estaríamos descartando información valiosa del registro etnohistórico el cual de por sí es incompleto por naturaleza. Aún más, los comentarios subjetivos del cronista pueden proveer importantes claves sobre el contexto cultural y social tanto de las tradiciones o comportamientos indígenas como de los cronistas. Como se discutió anteriormente, es crítico conocer el contexto para poder entender el “texto”, y hasta en algunas ocasiones el contexto puede ser más importante que el “texto” en sí.

Aunque en los estudios de las crónicas el prejuicio y la subjetividad se encuentran en el informante, el cronista y el lector, en esta sección quiero enfatizar el prejuicio y la subjetividad del cronista. La falta de hacer una distinción clara entre subjetividad y prejuicio es un problema que nos lleva, no sólo a ignorar la información adecuada para nuestros estudios, sino además nos hace aceptar otras crónicas como más confiables y verdaderas sin antes llevar a cabo una evaluación o análisis crítico. Esto es especialmente arriesgado en el caso que la información presentada en una crónica contradiga a otra. Dos ejemplos clásicos de este problema en las Antillas Mayores son las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo (1959) y Bartolomé de las Casas (1951, 1967). En el Caribe es comúnmente aceptado tanto por arqueólogos como etnohistoriadores, que Fernández de Oviedo estaba prejuiciado en contra de los indígenas y casi los consideraba infrahumanos y bárbaros. Por otro lado, también es ampliamente aceptado que Las Casas tendía a tener una opinión más favorable de los grupos antillanos. Aunque generalmente se admite que estos dos prejuicios pueden afectar el dato publicado en las crónicas, es práctica común en el Caribe descartar más a menudo la información presentada por Oviedo que por Las Casas sin otra excusa que el prejuicio negativo del primero.

A pesar de que no niego el prejuicio racista de Fernández de Oviedo, mi argumento aquí es que hacer una distinción entre ese prejuicio y la subjetividad de sus comentarios, puede ser altamente productivo en los estudios de las sociedades indígenas del Caribe. A continuación presento dos ejemplos de estudios donde, aunque de forma inconsciente, los investigadores hicieron esta distinción y consiguieron reinterpretar la información antes descartada por otros estudiosos.

El primer ejemplo es el estudio realizado por Arrom (1989) sobre el significado y el contexto de la palabra *manicato* mencionada por Fernández de Oviedo (1959:115-116). Este cronista menciona que según una supuesta tradición matrimonial en Cuba, el día de la ceremonia todos los hombres de la comunidad,

comenzando con el cacique tienen relaciones sexuales con la “novia”. De acuerdo con Fernández de Oviedo, una vez acabada esta parte de la ceremonia la “novia” sale gritando de forma victoriosa “manicato, manicato” que significa persona esforzada, valiente y fuerte. El cronista, desde una perspectiva subjetiva interpretó esto como otro ejemplo más de la promiscuidad entre los “salvajes”. Tomando en consideración este prejuicio y el hecho de que Fernández de Oviedo es el único que menciona esta ceremonia, muchos estudiosos han descartado este pasaje como no verídico. Sin embargo, Arrom, luego de hacer un análisis lingüístico de la palabra *manicato* y tomando en consideración otros datos etnográficos de grupos modernos, concluye que probablemente este tipo de ceremonia existió en Cuba pero que Fernández de Oviedo, o algún europeo que le proveyó la información, tergiversó y malinterpretó algunos aspectos de la ceremonia. De acuerdo con Arrom, la ceremonia probablemente era simbólica como lo es en algunos grupos modernos, donde los hombres actúan como si fueran a violar a la “novia” mientras que ésta se defiende. En otras palabras, el coito no se lleva a cabo. Una vez acabada la ceremonia la mujer se declara *manicato*, pues pudo defender su “honor”, el cual es reservado para su marido.

El segundo ejemplo es el estudio realizado por Crespo (2000) sobre la narración que Fernández de Oviedo (1959:II:100) presenta sobre la muerte en Puerto Rico de Salcedo. De acuerdo con Fernández de Oviedo durante la colonización de Puerto Rico, los indígenas todavía creían que los españoles habían venido del cielo y que por lo tanto eran seres inmortales. Para poner esto a prueba un cacique decidió ahogar a Salcedo en un río. Durante tres días el cuerpo de Salcedo yació en la orilla del río visitado regularmente por los indígenas quienes le pedían perdón por tal ofensa. En tiempos pasados este evento se tomaba como evidencia del estereotipo del indígena ignorante e inocente. En años más recientes el pasaje ha sido descartado en círculos académicos como otro ejemplo del prejuicio de Fernández de Oviedo y hasta quizás fue un invento de este cronista. Sin embargo, Crespo investigó

este evento desde la perspectiva del indígena en vez del cronista. Utilizando analogía etnográfica, Crespo argumenta que posiblemente la definición de la muerte entre los indígenas del Caribe era distinta a la europea y que existe la posibilidad de que para estos grupos la muerte no llegaba hasta que se vieran los huesos del muerto durante el proceso de descomposición. Estudios experimentales han demostrado que los huesos de un cadáver humano en condiciones tropicales no tienden a estar expuestos hasta tres días después de la muerte clínica. Así pues, era necesario para el indígena el observar al europeo muerto no al instante de la muerte biológica, sino según lo definen las creencias nativas.

Aunque es difícil poner a prueba las conclusiones de estos dos estudios, lo importante dentro del contexto de este trabajo es que son buenos ejemplos donde la distinción entre prejuicio y subjetividad puede ser productiva en el estudio de las sociedades indígenas. Siguiendo este proceso evaluativo de una manera inconsciente, ambos ejemplos pudieron rescatar información que era descartada por otros estudiosos, proveyéndonos así con nuevas perspectivas sobre los grupos prehispánicos y sus creencias.

En arqueología el prejuicio hasta cierto punto se encuentra en el registro arqueológico en sí, muchas veces producido por los procesos de formación de sitios mencionados anteriormente. Sin embargo, también se encuentra presente en el arqueólogo cuando interpreta el dato arqueológico. Es este último prejuicio que quiero enfatizar en esta sección.

Inferir aspectos no materiales (relaciones sociales, religión, aspectos cognitivos, ideología) de un grupo humano en base a los datos de la cultural material no es una tarea fácil. Para lograr esto, además de su intelecto, el arqueólogo utiliza distintas formas de analogías y modelos antropológicos desarrollados con otros propósitos. Ejemplos de algunas de estas analogías son las comparaciones de las sociedades indígenas del Caribe con las de América del Sur o con los datos de las crónicas, mientras que un ejemplo de la utilización de modelos antropológicos es el modelo de Service (1962) que categoriza las sociedades de acuerdo a

sus organizaciones socio-políticas en bandas, tribus, jefaturas y estado. Aunque hay que admitir que el uso de analogías y modelos es de gran valor para la arqueología, hay que aceptar también que a veces simplifican las sociedades humanas del pasado. En general, estos procesos tienden a enfatizar los patrones y similitudes entre sociedades mientras que descartan la alta variabilidad que existe en el comportamiento humano. De hecho, la mayoría de las descripciones de las poblaciones precolombinas del Caribe se inclinan a presentarlas homogéneamente y como grupos simples y sin muchos problemas sociales con la excepción de un huracán u otro hecho esporádico. En este proceso que yo llamaría de “des-humanización del indígena”, nos olvidamos de que estos grupos estaban compuestos de seres tan humanos como nosotros. Eran gente con agendas sociales y políticas, que amaban y odiaban, que reían y lloraban y que tenían complicaciones en su vida diaria como las tenemos nosotros. No es hasta que consideramos la magnitud humana del indígena a nivel social, que nos damos cuenta de la complejidad de las sociedades prehispánicas. No podemos permitir que nuestra perspectiva del siglo XXI domine nuestra imagen de estos grupos y que los consideremos como sociedades simples. Tenemos que admitir que estos grupos son mucho más complejos y diversos que lo que nos describen los modelos y las analogías que hemos producido hasta el momento.

Un ejemplo de esta simplicidad es el uso y abuso del término y concepto del cacicazgo, el cual normalmente es considerado como la única formación social jerárquica o estratificada que existió en el Caribe (e.g., Curet 1992a, 1996; Siegel 1996, 1999). A decir verdad, debido a la influencia del modelo de Service en la arqueología, este problema es una tendencia que plagó y todavía plaga la arqueología a nivel mundial. Aquí, de nuevo, podemos ver como la información de la crónica recibe un tratamiento preferido sobre el dato arqueológico. Utilizando la información provista por los cronistas sobre los cacicazgos complejos de La Española, la gran mayoría de los arqueólogos aplican estas descripciones al resto de las Antillas Mayores de una forma indiscriminada.

Más recientemente, estas descripciones han sido extendidas a las Bahamas (Keegan 1992; 1997) y a algunas de las Antillas Menores (Crock 2000, 2003). Esto se ha hecho a pesar de la falta de evidencia de la presencia de este tipo de organización social en la totalidad de la isla de La Española o en el resto de las islas. Por ejemplo, hasta donde tengo conocimiento, en Puerto Rico no se ha descubierto evidencia arqueológica (entierros o unidades habitacionales de un cacique) que nos indique de forma definitiva la presencia de cacicazgos complejos. Aun la evidencia documental es un poco difusa sobre la existencia de estos tipos de cacicazgos complejos en esta isla. A pesar de esta evidencia, tanto arqueólogos como historiadores y etnohistoriadores, siguen indicando la presencia de estos cacicazgos basándose en los modelos sociales y políticos de La Española. Para empeorar más aun las cosas, estas inferencias son extendidas a períodos anteriores, sugiriendo que el cacicazgo es la única forma de organización social no-igualitaria durante, por ejemplo, la subserie Elenoide Ostionoide o en las culturas Pretaínas.

Un segundo ejemplo de este prejuicio de simplificar las culturas precolombinas es el caso de los arcaicos. Los estudios de estos grupos han avanzado grandemente en las pasada década gracias a varias investigaciones de arqueología de contrato (e.g., Ayes 1989; Moscoso 1999; Rodríguez 1997, 1999; Rouse y Alegría 1989). Tradicionalmente estos grupos han sido clasificados como bandas nómadas de cazadores y recolectores desconocedores de la agricultura, con una organización socio-política simple y todos perteneciendo a una sola cultura. Sin embargo estudios recientes han demostrado que estas sociedades quizás estaban organizadas en agrupaciones a niveles más altos que la banda como lo sugiere el sitio de Angostura en Barceloneta (Ayes 1989; Moscoso 1999), y hasta que tenían cierto grado de sedentarismo según lo indican las marcas de postes descubiertas en el sitio de Maruca en Ponce (Rodríguez 1997, 1999). Aún más, el descubrimiento de zapote amarillo y aguacate silvestre, ambos oriundos de Centroamérica, en la Cueva María de la Cruz en Loíza (Rouse y Alegría 1989),

nos indica no tan sólo que estos grupos tenían un conocimiento sobre el cultivo de plantas, sino también que estuvieron introduciendo nuevas especies en la isla cambiando (domesticando o aculturando) así el paisaje natural. Por último, aunque un examen exhaustivo de los materiales no se ha llevado a cabo, está claro ahora que lo que llamamos normalmente el período o cultura arcaica, oculta una gran variabilidad y diversidad en los materiales culturales (e.g., Veloz Maggiolo y Vega 1982). Esta variabilidad parece estar presente a través del tiempo y el espacio. A pesar de toda esta evidencia, como muy bien apunta Pantel (1996), la mayoría de los arqueólogos, puertorriqueños y caribeños, seguimos describiendo estos grupos como sociedades relativamente simples y perteneciendo a una o dos tradiciones culturales que duraron, casi intactas, por miles de años (Rouse 1992).

Otro prejuicio en la arqueología puertorriqueña es el de preferir generalmente y considerar más seriamente los análisis de unos tipos de artefactos sobre otros. Por ejemplo, los estudios líticos, paleobotánicos y zooarqueológicos. Aunque es cierto que la mayoría de las investigaciones incluyen uno o más de estos estudios, en la gran mayoría de los casos los resultados terminan como apéndices en los informes y muchas veces no son discutidos detalladamente en el texto principal del reporte. Sobre todo, la lítica no es tan solo ignorada en términos de su significado, sino que también es relegada a un segundo plano si los datos contradicen la información de la cerámica. No quiero decir que la lítica debe de ser preferida sobre la cerámica, pero que ambas fuentes de información deben de ser evaluadas y consideradas en el análisis final, y las diferencias deben de ser reconciliadas. Un ejemplo de esto, es la aseveración de Rodríguez Ramos (2002) de que el conjunto lítico Ostionoide en general es más parecido al conjunto arcaico que al Saladoide, lo que tiende a indicar que la transición Saladoide/Ostionoide es mucho más compleja que un simple cambio cultural unilineal como muchos de nosotros lo describimos tradicionalmente. A pesar de esto seguimos enfatizando el uso de la cerámica para evaluar los depósitos arqueológicos y

continuamos utilizando los modelos simplistas y unilineales de organización y cambio social.

Conclusiones y sugerencias

El uso combinado del registro arqueológico y de las crónicas en los estudios de las sociedades indígenas se puede considerar casi como una tendencia natural. Desafortunadamente, en Puerto Rico y en el Caribe en general, esta práctica ha estado minada por problemas epistemológicos que han surgido como consecuencia del uso indiscriminado de ambas fuentes de datos. Particularmente uno de los problemas más críticos de esta práctica es el trato preferencial que los investigadores tienden a darle a las crónicas sobre el registro arqueológico. En este trabajo he presentado los problemas que afectan a las dos fuentes de datos para apoyar mi argumento de que, dependiendo de una serie de factores —tanto el registro arqueológico como la crónica— pueden ser poco confiables. Por lo tanto, mi punto no es que una fuente debe ser reemplazada por la otra, sino que debemos ser rigurosos en los aspectos epistemológicos de nuestras investigaciones y evaluar constantemente las condiciones en que se obtiene la información y la calidad y confiabilidad de los datos. Este proceso evaluatorio tiene que estar presente continuamente en toda investigación sin tomar por dado o asumir que los datos son apropiados. Este tipo de asunciones ha estado presente en la arqueología puertorriqueña y caribeña desde sus inicios con el resultado de perpetuar mitos y falacias de una generación de investigadores a otra y que eventualmente han sido pasados al público en general.

En esta sección final del trabajo incluyo una serie de recomendaciones para estudios que combinan la información de las crónicas y del registro arqueológico. Como ha de esperarse, mi primera recomendación es considerar ambas fuentes como líneas de evidencia independientes. Esto significa que cada una debe ser evaluada, primero para determinar si la fuente es apropiada; y segundo si puede proveer datos confiables y representativos. En otras palabras, no se le debe dar un trato preferencial *a priori*

a una fuente sobre la otra sin considerar muchos de los factores envueltos en la determinación de la calidad del dato. Para lograr esto, los arqueólogos deben estudiar las fuentes etnohistóricas primarias y no depender de estudios o resúmenes modernos como los trabajos de Coll y Toste (1979), Fewkes (1907), Loven (1935) y Rouse (1948).

Tampoco se debe esperar que los datos de una fuente concuerden siempre y de manera perfecta con datos provistos por la otra fuente. Como hemos visto, los factores que pueden afectar la recolección de datos de ambas fuentes son diversos y sería sorprendente si los datos concordaran de una manera perfecta. En los casos de que exista una falta de concordancia no debe ser tomada como una debilidad de la práctica de combinar ambas fuentes de datos, sino una oportunidad para expandir nuestras investigaciones y un reto para tratar de explicar las diferencias.

Por otro lado, las crónicas y el registro arqueológico no pueden ser las únicas líneas de evidencias que deben de ser consideradas. En toda investigación las crónicas y el registro arqueológico son parte de una estrategia más amplia donde se consideran múltiples líneas de evidencia independientes, donde una línea es evaluada y contrastada con las otras. Utilizando la información provista por otras fuentes como la analogía etnográfica o los estudios de etnoarqueología y arqueología experimental es la mejor manera de apoyar y poner a prueba nuestras conclusiones. Como señala Wylie (1999), los datos etnohistóricos y arqueológicos no deben ser considerados como eslabones en una cadena de razonamiento, sino como alambres independientes que forman parte del “cable” de análisis. Así pues, contrario a la cadena donde la debilidad de un eslabón puede ser responsable de su rompimiento, los alambres que forman parte de un cable, aunque débiles, forman un todo de mayor fortaleza.

Al usar las crónicas en la arqueología es de vital importancia determinar *a priori* si los documentos a utilizarse son aplicables y apropiados para el estudio arqueológico en particular. Un aspecto de esto es que tenemos que estar seguros de considerar

la variabilidad temporal, espacial, cultural y social presente en el archipiélago y dentro de islas específicas. No existe razón alguna, empírica o teórica, para argumentar que todos los grupos o comunidades indígenas que clasificamos como Taínos o Caribes se tuvieron que comportar al mismo tiempo de forma similar. Es más probable que cada unidad política o social tomara decisiones independientemente de otras unidades, aun cuando pertenezcan a la misma etnia o grupo cultural. Este problema se intensifica aun más cuando este proceso de homogenización es extendido a otros períodos, creando una unificación de las instituciones sociales a través del espacio y el tiempo.

Como se mencionó anteriormente, un aspecto de este problema es que tradicionalmente en el Caribe se ha asumido que los procesos culturales y sociales tienden siempre a ocurrir a nivel de la cultura o a niveles supraculturales. Sin embargo, la cultura en sí no es un ente que toma decisiones y actúa. Los procesos de decisión son normalmente tomados a niveles inferiores o en unidades más pequeñas tales como individuos, facciones socio-políticas, grupos de parentesco y unidades domésticas. Es por esta razón que muchos de los estudios sobre aspectos socio-políticos de los grupos indígenas deben utilizar unidades de análisis a menor escala o a niveles más bajos que los de la cultura, serie, subserie y estilo.

Otra sugerencia para el uso combinado de la crónica y el registro arqueológico es el de no limitar el uso de la crónica en arqueología simplemente a un rol complementario como es tradicionalmente utilizada en el Caribe. Epistemológicamente, las crónicas pueden ser utilizadas en los estudios arqueológicos de, por lo menos, cuatro maneras. La primera es de forma contradictoria. En vez de enfatizar y concentrarse en el estudio donde ambas fuentes se complementan o están de acuerdo, el investigador puede enfocarse y tratar de explicar las contradicciones entre los datos etnohistóricos y los arqueológicos. En muchas ocasiones esta perspectiva es mucho más productiva (e interesante) para el entendimiento del funcionamiento social, cultural y político de los

grupos indígenas que cuando ambos datos coinciden. De hecho, es en esta forma que la arqueología puede contribuir a derrocar los mitos que han sido creados y mantenidos a través de la interpretación escrita (Little 1992).

La segunda forma es utilizar las crónicas para proveer algo del “texto”, pero también para poner los datos arqueológicos en un contexto cultural y social. De esta manera la información seca obtenida de la cultura material de estos grupos es enmarcada dentro del sistema de ideas y creencias indígenas, proveyendo un sentido cultural y social. Como se mencionó anteriormente, esta forma de estudio ha sido utilizada en el Caribe por unos pocos investigadores (e.g., Oliver 1998, 2000), pero siguiendo el rigor que recomendamos en este trabajo, puede ser extendida y practicada más eficiente y ampliamente.

La tercera forma alterna del uso de la crónica es en la formación y desarrollo de hipótesis o modelos que pueden ser utilizados para dirigir y enfocar las investigaciones arqueológicas. En vez de tomar los datos de las crónicas como ciertos y verdaderos, estos pueden ser puestos a prueba, desarrollando nuevas o más específicas preguntas de investigación, hipótesis y modelos. De esta manera, el dato etnohistórico pasa a jugar un papel más dinámico en el desarrollo y la evolución de las investigaciones arqueológicas y en general de la disciplina que a tener un rol pasivo en la investigación sobre las poblaciones indígenas.

La cuarta y última manera es la de utilizar las crónicas y la arqueología para estudiar no tanto las unidades indígenas en sus formas originales sino en los procesos de cambios sociales y culturales producidos por la conquista y colonización (Wilson y Rogers 1993:3). Tradicionalmente este proceso ha sido visualizado por otro donde el indígena es un ente pasivo que recibe la influencia europea. Sin embargo, estudios recientes (Deagan 1998; Wilson y Rogers 1993:4) han demostrado que los indígenas fueron mucho más dinámicos en esta interacción utilizando estrategias parcialmente determinadas por sus interpretaciones sobre los europeos. Esto es lo que Fernando Ortiz (1943) llamó transculturación. La

combinación de los datos etnohistóricos y arqueológicos podría contribuir grandemente a este tema poco estudiado en la historiografía puertorriqueña.

Sin embargo, independientemente de cómo se esté utilizando la crónica, si se hace de una manera poco crítica y sin rigor, las conclusiones a que se llegan van a estar poco fundamentadas y pueden ser erróneas. En vez de llegar a conclusiones sólidas y científicas que reemplacen creencias y premisas poco fundamentadas, lo que vamos a estar haciendo es crear mitos. No hay duda de que ambas fuentes son incompletas. Pero no podemos asumir de *a priori* que debido al tipo de dato (escrito vs. material) la información etnohistórica es más confiable y precisa que la arqueológica. La evaluación de la confiabilidad de ambas fuentes, como de cualquier otra fuente en cualquier estudio, debe ser incluida como una etapa habitual del diseño de toda investigación arqueológica. No es hasta entonces que vamos a poder desmentir muchos de los mitos basados en premisas sin fundamento que existen sobre la historia antigua de Puerto Rico ni tener un mejor entendimiento de la historia social y política de las poblaciones prehispánicas del Caribe.

Agradecimientos

Una versión del presente trabajo fue presentada en noviembre del 2001 en San Juan, Puerto Rico como parte de las celebraciones del mes de la arqueología organizadas por la Oficina Estatal de Preservación Histórica. Quisiera agradecer especialmente a Reniel Rodríguez Ramos por haberme invitado a presentar este trabajo en dicha actividad. También quiero darles las gracias al Dr. Jaime Pérez Rivera, Dra. Estrella Rey, Daniel Torres Etayo y a dos lectores anónimos, por haber provisto valiosos comentarios que no hicieron otra cosa que mejorar el contenido de este artículo.

Referencias

- Alegría, Ricardo. 1997. "The Study of Aboriginal Peoples: Multiple Ways of Knowing." Pp. 9-19 en *The Indigenous People of the Caribbean*, editado por S.M. Wilson. Gainesville: University Press of Florida.
- Arrom, José J. 1975. *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- _____. 1989. "Sobre presuntos ritos atribuidos a los naturales de Cuba, Jamaica y Puerto Rico." *La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe* 8:9-15.
- Ayes Suárez, Carlos. 1989. "Angostura: un campamento arcaico temprano del Valle de Manataubón." *Revista Universidad de América* 1:24-37.
- Bernal, Ignacio. 1969. *Bibliografía de arqueología y etnografía, Mesoamérica y norte de México. 1514-1960*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Bernard, H. Russell. 1994. *Research Methods in Anthropology: Qualitative and Quantitative Approaches*. London: Sage Publications.
- Boomert, Aads. 2001. "Saladoid Sociopolitical Organization." Pp. 55-77 en *Proceedings of the XVIII International Congress for Caribbean Archaeology*, Vol. 2, editado por G. Richard. Guadeloupe: Asociación Internacional de Arqueología del Caribe.
- Chagnon, Napoleon A. 1983. *Yanomamö, The Fierce People*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Coll y Toste, Cayetano. 1979. *Prehistoria de Puerto Rico*. San Juan: Litografía Metropolitana.
- Crespo, Edwin. 2000. "Estudio comparativo biocultural entre dos poblaciones prehistóricas en la isla de Puerto Rico: Punta Candellero y Paso del Indio." Disertación doctoral, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.
- Crock, John. 2000. "Interisland Interaction and the Development of Chiefdoms in the Eastern Caribbean." Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh.
- _____. 2003. "They Came from Caves in the East": The Myth of Taíno Origins and the Reality of Interaction between the Small Islands and the Big Islands in the West." Ponencia presentada en

- el Twentieth International Congress for Caribbean Archaeology, Santo Domingo.
- Curet, L. Antonio. 1992a. "The Development of Chiefdoms in the Greater Antilles: A Regional Study of the Valley of Maunabo, Puerto Rico." Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad Estatal de Arizona, Tempe.
- _____. 1992b. House Structure and Cultural Change in the Caribbean: Three Case Studies From Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 3:160-74.
- _____. 1993. "Prehistoric Demographic Changes in the Valley of Maunabo: A Preliminary Report." Pp. 11-24 en *Proceedings of the Fourteenth International Congress for Caribbean Archaeology*, editado por A. Cummins y P. King. Barbados: International Association for Caribbean Archaeology.
- _____. 1996. "Ideology, Chiefly Power and Material Culture: An Example From the Greater Antilles." *Latin American Antiquity* 7:114-131.
- _____. 2003. "Issues on the Diversity and Emergence of Middle-Range Societies of the Ancient Caribbean: A Critique." *Journal of Archaeological Research* 11:1-42.
- Deagan, Katherine. 1998. "Transculturation and Spanish American Ethnogenesis: The Archaeological Legacy of the Quincentenary." Pp. 23-43 en *Studies in Culture Change: Interaction, Culture Change, and Archaeology* editado por J. G. Cusick. Center for Archaeological Investigations, Occasional Paper No. 25. Carbondale: Southern Illinois University.
- Dumont, Jean-Paul. 1992. *The Headman and I: Ambiguity and Ambivalence in the Fieldworking Experience*. Prospect Heights: Waveland Press.
- Evans-Pritchard, E.E. 1940. *The Nuer*. Oxford: Clarendon Press.
- Fernández de Oviedo y Valdez, G. 1959. *Historia General y Natural de las Indias*. En *Biblioteca de Autores Españoles*, Vols. 117-122. Madrid: Ediciones Atlas.
- Fewkes, J.W. 1907. "The Aborigines of Puerto Rico and the Neighboring Islands." En *Annual Report of the Bureau of American Ethnology for 1903-1904*, No. 25. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.
- Hofman, Corinne L. 1995. "Inferring Inter-Island Relationships From

- Ceramic Style: A View From the Leeward Islands.” Pp. 233-241 en *Proceedings of the Fifteenth International Congress for Caribbean Archaeology*, editado por R.E. Alegría y M. Rodríguez. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- Keegan, William. 1992. *The People Who Discovered Columbus*. Gainesville: University Press of Florida.
- . 1997. *Bahamian Archaeology*. Nassau: Media Publishing.
- Las Casas, Bartolomé de. 1951. *Historia de las Indias*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- . 1967. *Apologética Historia Sumaria*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Little, Barbara. 1992. *Text-Aided Archaeology*. Boca Raton: CRC Press.
- Loven, Sven. 1935. *Origins of the Tainan Culture, West Indies*. Goteburg: Elanders Bokfryckeir Akfiebolas.
- McGinnis, Shirley A.M. 1997. *Ideographic Expression in the Precolumbian Caribbean*. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Texas, Austin.
- . 2001. “Patterns, Variations, and Anomalies in Ideographic Expression in the Precolumbian Caribbean.” Pp. 99-114 en *Proceedings of the Eighteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Vol. 2*, editado por G. Richard. Guadeloupe: International Association for Caribbean Archaeology.
- Moscoso, Francisco. 1986. *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. San Pedro de Macorís: Universidad Central del Este.
- . 1999. *Arcaicos de Angostura, pasado remoto de Puerto Rico: Diálogo de Francisco Moscoso, historiador, con Carlos M. Ayes Suárez y Ovidio Dávila, arqueólogos*. Vega Baja: Sociedad de Investigaciones Arqueológicas e Históricas Sebuco.
- Newsom, Lee. A. y Katherine A. Dragan. 1994. “Zea mays in the West Indies: The Archaeological and Early Historic Record.” Pp. 203-218 en *Corn and Culture in the Prehistoric New World*, editado por S. Johannessen y C. A. Hastorf. Boulder: Westview Press.
- Okoshi Harada, Tsubasa y Ernesto Vargas Pacheco. 1997. “Apreciaciones metodológicas entre la arqueología, fuentes históricas y lingüística. Tendencia, evaluación y propuestas en la investigación del área maya.” *Revista de arqueología americana* 12:7-27.
- Oliver, José R. 1998. *El centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico*:

- simbolismo iconográfico, cosmovisión y el poderío caciquil Taíno de Borinquen*. Oxford: BAR International Series, No. 727.
- _____. 1999. "The 'La Hueca Problem' in Puerto Rico and the Caribbean: Old Problems, New Perspectives, Possible Solutions." Pp. 253-297 en *Archaeological Investigations on St. Martin (Lesser Antilles)*, editado por C.L. Hofman y M.L.P. Hoogland. Leiden: Facultad de Antropología, Universidad de Leiden.
- _____. 2000. "Gold Symbolism Among Caribbean Chiefdoms: Of Feathers, Cibas, and Guanín Power Among Taíno Elites." Pp. 196-219 en *Precolumbian Gold: Technology, Style, and Iconography*, editado por C. McEwan. Londres: British Museum Press.
- Ortiz, Fernando. 1943. *Las cuatro culturas indias de Cuba*. Biblioteca de Estudios Cubanos, Vol. 1. Habana: Editores Arrellano.
- Pagán, Jaime R. 2002. "Agricultura precolombina de las Antillas: retrospectiva y análisis." *Anales de Antropología* 36:43-91.
- _____. 2005. "La temprana introducción y uso de algunas plantas domésticas, silvestres y cultivos en las Antillas precolombinas." *Diálogo Antropológico* 3(10):1-27.
- Pané, Ramón. 1974. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- Pantel, A. G. 1996. "Nuestra percepción de los grupos preagrícolas en el Caribe." *El Caribe arqueológico* 1:8-11.
- Righter, Elizabeth. 2002. *Tutu Archaeological Village Site: A Case Study in Human Adaptation*. Nueva York: Routledge.
- Rodríguez, Miguel. 1997. "Maruca, Ponce." Pp. 17-30 en *Ocho trabajos de investigación arqueológica en Puerto Rico: segundo encuentro de investigadores*, editado por J. A. Rivera Fontán. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- _____. 1999. "Excavations at Maruca, a Preceramic Site in Southern Puerto Rico." Pp.166-180 en *Proceedings of the Seventeenth Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*, editado por J. H. Winter. Nueva York: Molloy College.
- Rodríguez Ramos, Reniel. 2002. "Dinámicas de intercambio en el Puerto Rico prehispánico." *El Caribe arqueológico* 6:16-22.
- Rouse, Irving. 1948. "The Arawak." Pp. 50-46 en *The Circum-Caribbean Tribes, Handbook of South American Indians*, vol. 4, editado por J. Steward. Bulletin of the Bureau of American Ethnology 143.

- Washington, D.C.: Smithsonian Institute.
- _____. 1986. *Migrations in Prehistory: Inferring Population Movement From Cultural Remains*. New Haven: Yale University Press.
- _____. 1992. *The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven: Yale University Press.
- _____ y Ricardo E. Alegría. 1990. *Excavations at María de la Cruz Cave and Hacienda Grande Village Site, Loíza, Puerto Rico*. Yale University Publications in Anthropology 80. New Haven: Yale University.
- Service, Elman. 1962. *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Nueva York: Random House.
- Siegel, Peter. 1996. "Ideology and Culture Change in Prehistoric Puerto Rico: A View From the Community." *Journal of Field Archaeology* 23:313-333.
- _____. 1999. "Contested Places and Places of Contest: The Evolution of Social Power and Ceremonial Space in Prehistoric Puerto Rico." *Latin American Antiquity* 10:209-238.
- Sued Badillo, Jalil. 1978. *Los Caribes, realidad o fábula: ensayos de rectificación histórica*. Río Piedras: Editorial Antillana.
- _____. 1979. *La mujer indígena y su sociedad*. Río Piedras: Editorial Antillana.
- Veloz Maggiolo, Marcio. 1989. "Para una definición de la cultura taína." Pp. 15-23 en *La cultura taína*. Sociedad Estatal Quinto Centenario. Madrid: Turner Libros.
- _____ y Bernardo Vega. 1982. "The Antillean Preceramic: A New Approximation." *Journal of New World Archaeology* 5:33-44.
- Whiteman, Darrell. 1986. "Using Missionary Documents in Ethnohistorical Research. Pp. 25-50 en *Ethnohistory: A Researcher's Guide*, editado por V. H. Stulive, N. Altshuler, M. D. Zamora, y V. Kerns. Studies in Third World Societies, No. 35. Williamsburg: College of William and Mary.
- Wilson, Samuel M. 1993a. "Structure and History: Combining Archaeology and Ethnohistory in the Contact Period Caribbean." Pp. 19-30 en *Ethnohistory and Archaeology: Approaches to Postcontact Change in the Americas*, editado por J.D. Rogers y S.M. Wilson. Nueva York: Plenum Press.
- _____. 1993b. "The Cultural Mosaic of the Indigenous Cari-

- bean.” *Proceedings of the British Academy* 81:37-66.
- _____. 2001. “Cultural Pluralism and the Emergence of Complex Society in the Greater Antilles.” Pp. 7-12 en *Proceedings of the Eighteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Vol. 2*, editado por G. Richard. Guadeloupe: International Association for Caribbean Archaeology.
- _____ y J. Daniel Rogers. 1993. “Historical Dynamics in the Contact Era.” Pp. 3-18 en *Ethnohistory and Archaeology: Approaches to Postcontact Change in the Americas*, editado por J.D. Rogers y S.M. Wilson. Nueva York: Plenum Press.
- Wylie, Allison. 1999. “Why Should Historical Archaeologists Study Capitalism? The Logic of Question and Answer and the Challenge of Systemic Analysis.” Pp. 23-50 en *Historical Archaeologies of Capitalism*, editado por M.P. Leone y P.B. Potter, Jr. Nueva York: Kluwer Academic.

